



**Ángel de Saavedra Rivas**

**Don Álvaro de la Luna**

Romance Primero  
La venta

En la ruta de Portillo  
y en las márgenes del Duero,  
hubo (aún escombros lo dicen)  
una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana<sup>5</sup>  
estaba sentado un lego  
de San Francisco, tres mulas  
de los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina  
se hallaban dos reverendos,<sup>10</sup>  
de una sartén apurando  
magras con tomate y huevos.

De maestresala servía,  
sin caperuza, el ventero,  
que solícito llenaba<sup>15</sup>  
las tazas del vino añejo.

Era el uno el padre Espina,  
predicador del convento  
del Abrojo; el otro un fraile

anciano, de ciencia y peso.20

\*

Aunque con buen apetito,  
mustios ambos y en silencio  
se mostraban, cuando el huésped  
les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres,25  
que el condestable está preso?...  
Anoche dio esta noticia,  
que nos pasmó, un caballero.»

Contestóle el religioso:  
«Pues no os engañó, que es cierto.»30

Y continuó el padre Espina:  
«Sí, desengaños son éstos  
»que avisan a los mortales  
de que son perecederos  
los bienes que nos da el mundo,35  
y su grandeza, embeleco.»

El villano, sin turbarse,  
le cortó el sermón diciendo:  
«Y también de que castiga  
sin palo ni piedra el cielo.40

»Aún está fresca la sangre  
de Alonso López Vivero.  
Yo estaba al pie de la torre  
cuando el condestable mismo  
»lo arrojó de ella; y he visto45  
de oro las cargas a cientos  
entrar allá en su palacio.

Dicen también, y lo creo,  
»que hechizado al rey tenía,  
y aún añaden ...» «No debemos50  
-dijo, grave, el religioso-  
dar a hablilla tal acceso.»

\*

La ventera, que hasta entonces  
se estuvo callada al fuego,  
con la mano en la mejilla55  
mostrando gran sentimiento,  
y que era, aunque no muy verde,  
fresca y limpia con extremo,  
abultada de pechera  
y con grandes ojos negros,60

saltó súbita: «Envidiosos  
que no sirven, ni por pienso,  
para descalzarle han sido  
los que en trance tal le han puesto.»

Díjole el marido: «Calla.»65  
Y ella respondió: «No quiero...  
¡Qué señor tan llano..., parte

el corazón!... Mes y medio  
»Hace que le vimos todos  
tan galán, en el festejo<sup>70</sup>  
que se celebró en la plaza  
de Valladolid... ¡Qué diestro!  
»¡Qué valiente!... ¡Qué gallardo!  
Fue el único del torneo.»  
«Calla», con cólera grande<sup>75</sup>  
volvió a decir el ventero;  
y ella, en vez de obedecerle,  
a continuar: «¡Qué discreto!  
El oírle daba gusto...  
Alfonso López Vivero<sup>80</sup>  
»era un vil que lo vendía.»  
«Calla», repitió de nuevo  
más airado el hombre; y ella:  
«No me da la gana; cierto  
»Es cuanto digo... El tesoro<sup>85</sup>  
lo ganó en la guerra, o premio  
es que el rey le ha dado en paga  
de servicios que le ha hecho.  
»La reina y los ricos hombres  
revoltosos y soberbios...»-<sup>90</sup>  
«Maldita tu lengua sea  
-clamó, furioso, el ventero-.  
»Tú, porque allá te criaste  
en su palacio, y... yo ¡necio!»  
y ella prosiguió llorando:<sup>95</sup>  
«La tonta fui yo, mostrenco.»  
Iban en el matrimonio  
a poner paz y concierto  
los padres, cuando «¡Ya llegan!»,  
gritó desde fuera el lego;<sup>100</sup>  
y dejando a los esposos,  
que sin duda prosiguiendo  
la disputa, la acabaran  
a puñadas, según temo,  
fuéronse a la puerta al punto,<sup>105</sup>  
sobre sus mulas subieron,  
y aquella venta dejaron  
hecha un abreviado infierno.

## Romance Segundo El camino

Se alza una nube de polvo  
de lejos por el camino,<sup>110</sup>  
y al tropel que la levanta

borra y tiene confundido.

En ella relampaguean  
reflejos de acero limpio,  
y forman un trueno sordo115  
herraduras y relinchos.

Dando lugar a que llegue,  
los religiosos franciscos  
a lento paso se ponen,  
y atrás miran de continuo.120

\*

Se acerca gran cabalgada,  
y vese claro y distinto  
que Diego Estúñiga, el joven,  
es de ella jefe y caudillo.

En un alazán fogoso125  
viene, de hierro vestido,  
la gruesa lanza en la cuja,  
la luenga espada en el cinto;  
un penacho jalde y negro,  
cual matorral sobre un risco,130  
ondea sobre su almete,  
y da al sol variados visos.

El ancho dorado escudo,  
de una cadena ceñido,  
ostenta la banda negra,135  
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,  
de la cimera al estribo  
armados de punta en blanco,  
y en las lanzas pendoncillos.140

Marchan todos en silencio,  
y en todos el sobrescrito  
de gran duelo y gran tristeza  
se ve de ballesta a tiro.

Se dijera ser la escolta,145  
no de un caballero vivo,  
sí de un caballero muerto  
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venía,  
cabizbajo y abatido,150  
caballero en una mula  
con jaeces harto ricos,  
un insigne personaje,  
de aspecto notable y digno,  
de estatura no muy alta,155  
pero gallarda y de brío.

Un sayo de paño verde  
con franjas de oro guarnido  
es su traje, y lleva al hombro,  
más blanco que los armiños,160

un gran manto, en cuyos pliegues  
la cruz roja, distintivo  
de maestro de Santiago,  
luce en recamo prolijo,  
y una toca de velludo165  
negro con bordados picos,  
mas sin airón ni garzota,  
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,  
bien que apagado y sombrío,170  
y su aire tan de persona  
de poder y de dominio,  
que por más que se notaba  
ser un preso, descubrirlo  
sin sentir era imposible175  
cierto respeto sumiso.

Don Álvaro era de Luna,  
del rey don Juan favorito,  
que a Castilla largos años  
rigió sin freno a su arbitrio.180

\*

Cuando emparejó la tropa  
con los dos padres franciscos,  
paráronse éstos, y humildes,  
saludo cortés y fino  
hicieron al condestable,185  
de quien eran muy amigos.  
don Álvaro contestóles  
tan galán como expresivo.

Ellos en la armada escolta  
se ingirieron de improviso,190  
tomando del gran maestro  
a uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron  
todos en silencio hundidos;  
pero al cabo el padre Espina195  
se resolvió, y así dijo:

«En verdad, señor, que valen  
poco del mundo mezquino  
las honras y los haberes  
para el varón de juicio.200

»El hombre cristiano y cuerdo  
debe hacia norte más fijo  
encaminar su esperanza,  
servir sólo a Dios benigno.

»Lo que nos da, lo mantiene,205  
y al que busca en Él asilo,  
para siempre se lo acuerda  
en eterno paraíso.»

Con grande atención escucha

tan saludables avisos<sup>210</sup>  
don Álvaro, que engañado  
juzgó, al salir de Portillo,  
    que iba a recobrar honores,  
favor, riqueza y dominio;  
y entreviendo en el instante<sup>215</sup>  
su verdadero destino,  
    se estremeció a pesar suyo,  
cubrióse de sudor frío,  
y, «¿Voy a morir acaso?»  
preguntó como indeciso.<sup>220</sup>  
    Contestóle el religioso:  
«Todos; mientras somos vivos,  
vamos a morir. El hombre  
que va preso... en más peligro...»  
    - «Basta -exclamó el condestable,<sup>225</sup>  
y dando a su aspecto altivo  
gran dignidad y gran calma,  
y al semblante noble brillo-,  
    »Basta -siguió- no es la muerte,  
cuando se sabe de fijo<sup>230</sup>  
que llega, tan espantosa  
como el vulgo vil ha dicho.  
    »Venga pues: si el rey lo quiere,  
yo con gusto la recibo.  
Padres, hasta el duro trance<sup>235</sup>  
no me dejéis, os suplico.»  
    Oyendo tales razones  
lloró Estúñiga escondido  
en su celada, y lloraron  
hasta los armados mismos.<sup>240</sup>  
    Ambos buenos religiosos  
cumplieron bien con su oficio,  
consolando al condestable  
con discreción y con tino,  
    y él, oyéndolos atento,<sup>245</sup>  
siguió la marcha tranquilo,  
sin dar de dolor ni susto  
en su noble rostro viso.

Romance Tercero  
Las calles. La capilla. El palacio

    Para quién al día siguiente  
mira la muerte segura,<sup>250</sup>  
el declinar de la tarde  
solemnidad tiene mucha.  
    En el sol, que va a ponerse,

y espeso vapor ofusca  
(semejante a un rey que el trono<sup>255</sup>  
a su pesar desocupa,  
y dignidad conservando  
del mundo huye, y se sepulta  
donde los hombres no adviertan  
su dolor y desventuras),<sup>260</sup>  
con honda atención los ojos  
clavó don Álvaro de Luna.  
Así que lo vio transpuesto  
lanzó un suspiro de angustia,  
como el que lanza el amante<sup>265</sup>  
cuando el horizonte oculta  
el bajel en que su amada  
los desiertos mares surca  
para no volver. Ansioso  
lleva sus miradas mudas<sup>270</sup>  
a los montes apartados  
cuyas cumbres aún relumbran;  
a los ya enlutados bosques,  
a las calladas llanuras,  
a los altos campanarios<sup>275</sup>  
que entre nieblas se dibujan;  
retardar el despedirse  
de la perspectiva augusta  
que presenta el Universo,  
parece que sólo busca.<sup>280</sup>  
Y al notar que poco a poco  
la luz menguante y confusa  
del crepúsculo confunde  
la escena que le circunda,  
piensa ya ver de la muerte<sup>285</sup>  
la terrible sombra, en cuya  
oscuridad para siempre  
corre a hundirse, y se atribula.  
Sus pensamientos penetran  
los doctos frailes, y endulzan<sup>290</sup>  
con eternas esperanzas  
su meditación profunda.

\*

Entre dos luces llegaron  
a Valladolid, y turba  
desordenada en las calles<sup>295</sup>  
con sordo rumor circula.

De Alonso López Vivero  
por la calle y casa cruzan,  
donde viven sus criados,  
donde llora su viuda.<sup>300</sup>

Aquéllos, como canalla  
que si al poderoso adula,

en cuanto le ve caído  
feroz le escarnece y burla,  
de la cabalgada el paso<sup>305</sup>  
atajan con negra furia,  
y con denuestos y voces  
al ilustre preso insultan.

Éste, furioso (presente  
el tiempo pasado, juzga<sup>310</sup>  
que aún conserva el poderío,  
que aún domina a la fortuna),  
lleva soberbio la mano  
a buscar en su cintura  
la guarnición de la espada...<sup>315</sup>  
Mas, ¡ay! en vano la busca.

Va preso..., espada no lleva...  
¡Ah!... Lo advierte, y furibunda  
mirada va a dar al cielo;  
mas se anonada y conturba.<sup>320</sup>

Queda con los ojos fijos,  
parece su faz difunta;  
tiembla, y en sudor helado  
sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro...<sup>325</sup>  
¡Un espectro!... Sí, la mula  
algo ve también; esquivada,  
se recela, empina y bufa.

¿De Alonso López Vivero  
ha salido de la tumba<sup>330</sup>  
la sombra? De que el maestro  
ante sí la vio, no hay duda.

En confesión se lo dijo  
aquella noche con muchas  
lágrimas al padre Espina...;<sup>335</sup>  
de Dios la venganza es justa.

Con el cuento de la lanza  
a palos abre la turba  
Estúñiga denodado,  
y la atropella y asusta,<sup>340</sup>  
y en salvo al ilustre preso  
condujo a la casa suya,  
en que estaba preparada  
una capilla segura,

donde pasó el condestable<sup>345</sup>  
con la espiritual ayuda  
noche serena, pidiendo  
a Dios perdón de sus culpas.

Cenó, durmió cortos ratos,  
repitió también algunas<sup>350</sup>  
trovas del famoso Mena  
que pintan como locuras



las mundanas ambiciones;  
oró con fervor, en suma:  
fue un cristiano, un caballero,355  
un hombre de fe y de alcurnia.

\*

Entre tanto, el que parece  
ser el reo, a quien la dura  
sentencia estaba leída,  
y a quien la cuchilla aguda360  
del verdugo amenazaba,  
era el rey... ¡Mísero!, lucha,  
náufrago desventurado,  
en airado mar de angustias.

Ama a don Álvaro, mira365  
su sentencia como injusta;  
de la reina y de los grandes  
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,  
y hasta su existencia juzga,370  
y que al morir el maestre  
abrazadas irán juntas

el alma de aquel amigo  
y el alma afligida suya.  
¡Grande mal es la flaqueza375  
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,  
rasgando sus vestiduras,  
paseándose sin tino  
por la cámara, que alumbra380  
una lámpara medrosa  
que en el cortinaje abulta  
vagas sombras..., ¡infelice!  
¡Qué noche pasó!... Que ocupa  
ve un rincón de aquella sala,385  
de pie, con la boca muda,  
su físico Fernán Gómez.

A él se va, las manos juntas,  
y, suplicante, le dice:  
«Si es que mi salud procuras,390  
anda a ver al condestable,  
así Dios te dé su ayuda.»

El bachiller respondióle:  
«Le debo mercedes muchas;  
perdone vueseñoría,395  
no oso verle en tal angustia.»

Conmovido el rey, en llanto  
rompió y en voces confusas,  
que el alma a Gómez partieron,  
según dicen cartas suyas.400

\*

Entró al estruendo la reina  
en la cámara, cual una  
aparición, como maga  
que viene a doblar astuta  
los encantos y conjuros<sup>405</sup>  
con que alto preso asegura,  
y con que la empresa afirma,  
de que pende su fortuna.

Calló el rey, quedó de mármol  
al verla; ella le pregunta:<sup>410</sup>  
«¿Qué es esto?», y oyendo: «Nada»,  
retiróse muy adusta.

Largo rato el rey estuvo  
cual ligado por la oculta  
fuerza del prestigio. Luego<sup>415</sup>  
torna a más reñida pugna  
de afectos; la amistad vence,  
llama con voz resoluta  
a Solís, su maestresala,  
dícele: «Al momento busca<sup>420</sup>  
»a Diego Estúñiga, y dile...»  
En su garganta se anuda  
la voz, porque entra la reina  
otra vez..., calla y trasuda.

La reina a Solís llevóse,<sup>425</sup>  
y el rey abrió con presura  
el balcón, cual si quisiese  
gozar del aura nocturna;  
y el trono, cetro y corona  
maldiciendo en voces mudas,<sup>430</sup>  
ojos de lágrimas llenos  
clavó en la menguante luna.

#### Romance Cuarto La plaza

Mediada está la mañana;  
ya el fatal momento llega,  
y don Álvaro de Luna<sup>435</sup>  
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía,  
y en Dios la esperanza puesta,  
sereno baja a la calle,  
donde la escolta le espera.<sup>440</sup>

Cabalga sobre su mula,  
que adorna gualdrapa negra,  
y tan airoso cabalga,  
cual para batalla o fiesta;

un sayo de paño negro<sup>445</sup>  
sin insignia ni venera  
es su traje, y con el garbo  
que un manto triunfal, lo lleva;  
y sin toca ni birrete,  
ni otro adorno, descubierta,<sup>450</sup>  
bien aliñado el cabello,  
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos  
se asen de las estriberas,  
y hombres de armas en buen orden<sup>455</sup>  
le custodian y le cercan.

Así camina el maestro  
con tan gallarda presencia  
y con tan sereno rostro,  
que impone a cuantos le encuentran.<sup>460</sup>

Sus enemigos no osan  
clavar la vista soberbia  
en él, como consternados  
ya de su venganza horrenda;  
sus partidarios parecen<sup>465</sup>  
decirle con mudas lenguas  
que aún morirán por salvarle  
y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible  
por todas las calles reina,<sup>470</sup>  
que, o gran terror o despecho,  
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente  
de cuando en cuando se quiebra  
con la voz del pregonero<sup>475</sup>  
que a los más valientes hiela,

Diciendo: «Esta es la justicia  
que facer el rey ordena  
a este usurpador tirano  
de su corona y su hacienda.»<sup>480</sup>

Siempre que oye el condestable  
este vil pregón, aprieta  
la mano del padre Espina  
que en voz sumisa le esfuerza.

\*

Arriba a la triste plaza,<sup>485</sup>  
que ha pocos días le viera  
tan galán en el torneo,  
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso  
el cuadrado espacio llena;<sup>490</sup>  
vese una masa compacta  
de rostros y de cabezas.

Parece que el pavimento

se ha elevado de la tierra,  
o que casas y palacios<sup>495</sup>  
su basa han hundido en ella.

Un callejón, que tapiales  
de hombres apiñados cierran,  
sirviéndole de linderos  
lanzas en vez de arboleda,<sup>500</sup>  
ofrece paso hasta donde  
lecho de muerte descuella,  
en mitad del gran gentío,  
que como la mar olea;  
el reducido tablado,<sup>505</sup>  
enlutado con bayetas,  
una gran tumba parece  
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado  
un altar a la derecha,<sup>510</sup>  
de terciopelo vestido,  
y entre amarillas candelas,  
cuya luz el sol deslustra  
y arder el viento no deja,  
un crucifijo de plata<sup>515</sup>  
en cruz de ébano campea.

Yace un ataúd humilde  
colocado a la izquierda;  
cerca de él se ve una escarpia  
en un pilar de madera,<sup>520</sup>  
y en medio, de firme, un tajo,  
delante una almohada negra,  
y un hacha, en cuya cuchilla  
los rayos del sol reflejan.

\*

Al pie del cadalso el reo<sup>525</sup>  
de la alta mula se apea;  
fervoroso el padre Espina  
con él sube y no le deja.

De pie ya sobre el tablado  
tres personas se presentan<sup>530</sup>  
a las medrosas miradas  
de la muchedumbre inmensa:  
el ministro de la muerte,  
el que lo es de vida eterna,  
y el que dando al uno el cuerpo<sup>535</sup>  
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo  
de atreverse a tal alteza,  
necio terror da a su frente  
que cubre jalde montera.<sup>540</sup>

El religioso, metido  
en su capucha, se queda

de mármol, cruza los brazos,  
y con fervor mudo, reza.

\*

El condestable, sereno,545  
el pie al crucifijo besa,  
y luego tiende los ojos  
por la turba que le observa;  
y viendo junto al tablado,  
en actitud lastimera,550

a Morales, su escudero,  
hecho de lealtad emblema,  
le llama, de oro un anillo,  
que el sello de sellar era  
de su puridad las cartas,555  
del pulgar quita, y le entrega,  
diciéndole: «Amigo, toma,  
ya no conservo otra prenda.»

Después atisbó a Barrasa,  
paje del príncipe, cerca,560  
y así le habló en voz sonora:  
«Dile a tu dueño que vea  
de dar a los que le sirvan  
otra mejor recompensa.»

Viendo el pilar y la escarpia,565  
¿«Para qué?» pregunta. Tiembla  
el sayón, y le responde,  
hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el condestable  
con una sonrisa acerba:  
«Después de yo degollado,570  
nada son cuerpo y cabeza.»

Entonces el padre Espina  
que piense sólo, le ruega,  
en Dios, y él: «Padre, es mi norte575  
y mi esperanza», contesta.

Se ajusta el traje, descubre  
la garganta, ve que llega  
el verdugo para atarle  
las manos con una cuerda;580

saca del seno una cinta  
labrada con oro y seda,  
y, «Átalas -le dice-, amigo,  
si es necesario, con ésta.»

De hinojos en la almohada585  
se pone, el cuello presenta,  
el religioso le grita:  
«Dios te abre los brazos, vuela.»

El hacha cae como un rayo,  
salta la insigne cabeza,590  
se alza universal gemido

y tres campanadas suenan.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

